

y en otras obras anteriores cuya lectura es igualmente sugestiva, a saber: *Verdades frágiles, mentiras útiles: éticas, estéticas y políticas de la postmodernidad* (2000) y también en *El lugar de la filo-*

sofía: formas de razón contemporánea (2001).

María G. Navarro
Instituto de Filosofía del CSIC

UNA ÉTICA «FENOMENOLÓGICA»

JOSEP MARIA ESQUIROL: *El respeto o la mirada atenta. Una ética para la era de la ciencia y la tecnología*. Barcelona, Gedisa, 2006, 173 pp.

El filósofo y profesor de la Universidad de Barcelona, Josep Maria Esquirol, ha publicado un ensayo titulado *El respeto o la mirada atenta: Una ética para la era de la ciencia y la tecnología*. Después de *Uno mismo y los otros* (2005), el autor presenta una reflexión ética que tiene por objeto el responder a los problemas emergentes de una sociedad, la nuestra, en cambio constante.

Josep M. Esquirol propone una *ética fenomenológica*, «fenomenológica» en el sentido más preciso del término. No sólo porque en el libro se realice un notable esfuerzo para aislar, capturar y describir el fenómeno moral (el fenómeno, todo el fenómeno y nada más que el fenómeno, se podría añadir), sino también porque, según este ensayo, la propia moral arranca de una actitud tan cara a la fenomenología como es la mirada. Se aprende a mirar, mirando —dice Esquirol— como se aprende a pensar, pensando. Pues bien, su ética del respeto es una ética de la mirada, y más concretamente de una modalidad especial de la mirada. No es la mirada escrutadora, interrogadora, inquisitiva o entrometida; es la mirada *atenta*, en una palabra. Y en este punto es muy pertinente aclarar que la atención, la mirada aten-

ta, se refiere tanto a un *estar atento* como a un *ser atento*. Lo que sucede es que para que se dé lo segundo es necesario un poco de lo primero. Uno debe estar al caso, prestar atención, esforzarse por mirar y ver, y así, reconocidas las demandas de un mundo imperfecto, entregarse a la tarea de atenderlas. Si se comprende bien esto, quizá se puedan reconocer las intuiciones de fondo que recorren la ética del respeto de Josep M. Esquirol.

Heidegger, Levinas, Merleau-Ponty, Hannah Arendt, tales son algunos de los expertos «mirones de la filosofía», es decir, fenomenólogos, que Esquirol convoca para sustentar sus tesis. Pero no son más que mojones de un camino propio; y es que en efecto, se citan para avanzar en el proyecto del autor y, de este modo, no llegan nunca a apropiarse del hilo del discurso. El autor tiene el mando de la obra, y su dominio de la historia contemporánea de la filosofía le permite rastrear en ella fragmentos esclarecedores, apoyos, iluminaciones, en su reciente formulación ética.

La ética del respeto es un compendio de filosofía moral realizado con el propósito de sintetizar y ordenar intuiciones morales comunes. Porque no es más información inconexa lo que se necesita, sino orientaciones. Un mapa, una cartografía, referencias. Uno puede muy bien perderse en océanos de datos y más datos. Y mientras la sociedad de la informa-

ción hace estragos, el conocimiento se va distribuyendo progresivamente en compartimentos estancos, en parcelas. La especialización es una tendencia que nos empuja hacia lo particular, hacia el terreno propio, cerrado bajo zanjás, perfectamente dominado dentro de los límites de la profesión. Pero así se corre un riesgo: lo sectorial se convertirá rápidamente en sectario si no se le opone una tendencia igualmente fuerte que complementa y contrarresta la atomización. Del mismo modo que la fuerza de la legislación era, en Rousseau, un contrapunto a la fuerza de las cosas, la ética del respeto, al modo de un común denominador, es una compensación que debe humanizarnos o, mejor dicho, comunicarnos para que no permanezcamos aislados en esta carrera hacia lo particular. Por ello, el respeto, la atención, las consideraciones sobre la ordenación, la fragilidad y el secreto del mundo, que son a ojos de Esquirol las cualidades de las cosas que merecen aprecio moral, deben ser desplegados a lo largo de los distintos campos sectoriales. El filósofo barcelonés expone una ética, en consecuencia, que en el fondo es una propedéutica. No anula lo especializado, ni siquiera aspira a resucitar el viejo sueño de una «filosofía primera»; simplemente, propone un marco ético general que tiene que valer como base para cada una de estas nuevas éticas que van surgiendo en un mundo más y más tecnificado e informatizado. El campo de posibilidades de manipulación de la vida, de los tejidos y células, como también del entorno, se ha extendido notablemente. Pero, con ser posible, no basta para argumentar que cualquier operación sea legítima; faltan criterios. Josep M. Esquirol no afirma saber dónde se encuentran los límites morales en cada caso, esto sería demasiado pretencioso. No obstante, busca en el respeto, es decir, en la mirada atenta, las orientaciones necesarias en

una época confusa, expuesta irremisiblemente a la novedad, en la que se imposibilita esta reducción de lo desconocido a lo ya conocido, y en la que la tradición es impotente para ponerse a la altura de los cambios que se avecinan. En la era de la ciencia y la tecnología, la ética del respeto es una ética prudencial que enriquece la actual visión del mundo a partir de la crítica del abuso de una forma de pensar demasiado cercana a lo unidimensional, que es la forma metafísica que se deduciría, así sin más, del cálculo reduccionista de la ciencia dura. *«El respeto es el eje de una visión distinta a la tecno-científica»*. (11), dice Esquirol. Esto da en el clavo: si la ética del respeto o de la mirada atenta es una ética para la era de la ciencia y la tecnología, ello significa que la entrega se hace desde fuera con el fin de complementar una visión del mundo que no puede agotar toda la riqueza de la realidad.

La naturalización de la epistemología, primero, y la naturalización de la ontología y de toda la filosofía, después, pusieron al pensamiento en una situación de dependencia con respecto a los avances de la ciencia. Sierva de la ciencia y de la técnica del siglo XXI, se podría denominar a la filosofía. El método científico demarcaba lo verdadero (aunque provisionalmente verdadero) de la charlatanería falsa sin contenido alguno. Pero tal separación drástica no hacía otra cosa que poner al pensamiento bajo la tutela de la utilidad. Y es precisamente esta tutela la que, si aceptamos el respeto atento como moral de provisión, debe ser puesta de vez en cuando entre paréntesis para dejar sitio a la aproximación moral a las personas y a las cosas. En un mundo cada vez más caracterizado por la utilidad a secas, por la rentabilidad inmediata, el mundo del *use and waste*, será muy útil saber contar con lo inútil, con aquellos fenómenos extraños que escapan a esta lógica casi imperial. Y ello no significa que un

científico no pueda ser un agente moral, ni mucho menos. En realidad, ahí radica la cuestión: la ética de la mirada atenta, o del respeto, parece haber sido producida justamente para que los más inclinados o acostumbrados a la pura utilidad, los investigadores, los científicos, los técnicos o los estadistas, puedan enriquecer y complementar su visión del mundo a través del acercamiento atento a las cosas. El saber, si permite la entrada del sentimiento y la mirada atentos, se convierte no sólo en una actividad de provecho, esclarecedora, necesaria, sino también en una actividad cuidadosa y moral.

Fragilidad, cosmicidad y secreto, tales son las características de lo que merece respeto según el autor. Primero, vayamos a la fragilidad: contra lo que se podría pensar, no sólo se argumenta a favor del valor de la compasión y de la capacidad de atender a los más débiles. En el capítulo sobre la fragilidad, se habla también de las «instituciones»: escuelas, hospitales, centros culturales, sindicatos... En resumen, proyectos compartidos que sirven a las vidas de hombres y mujeres. Y son estas instituciones las que pueden peligrar y debilitarse si se olvida su momento fundacional o, dicho con otras palabras, la causa a la que responden. La filosofía política de Hannah Arendt resuena en estas ideas. La fundación de algo, equiparable a la natalidad, es lo que encapsula su sentido. Por consiguiente, cuidar y atender implica también velar por la fragilidad de estas construcciones humanas, comprometerse para que no se desmoronen o se petrifiquen. En efecto, la ética del respeto incluye cierto republicanismo.

Segundo: La idea de cosmicidad, asimismo, complementa estas consideraciones. A través del modelo de las armonías y los equilibrios naturales, Esquirol propone la *cosmopoiesis* (la creación de orden) como un elemento humano esencial.

Lo contrario es lo caótico, lo abismal y la muerte. La vida, para conservarse, necesita de cierto orden. Así, la cosmicidad es el valor de las cosas que producen o conservan este orden. Y es que, a parte de las instituciones sociales, el respeto por los entornos naturales y la armonización con ellos generan bienestar y mejoras para todos. Por tenue que sea, hay pues un componente de ecologismo en las páginas de la ética del respeto, aunque sólo sea en un sentido laxo.

Y por último, el secreto. Alguien dirá que aquí el autor muestra su lado más místico. En cualquier caso, por «secreto» debe entenderse la consideración de las cosas en su unicidad y su misterio. No reducirlas a *conocimiento normal*, no darlas por sabidas. Esto es necesario para poner coto a las ansias utilitaristas de posesión y dominio. En síntesis, de la misma forma que se «guardan» los secretos, la moralidad debe mantenerse en una actitud de reserva y respeto. Ser guardianes de lo valioso, para decirlo de algún modo.

Según el autor del ensayo el aprendizaje moral es, al menos en un sentido, contrario a la especulación, a la Razón con mayúscula. No se trata de formar leyes, universales y necesarias, que funcionen la mar de bien en abstracto. No comprendemos lo abstracto si no es a través de lo concreto. No ayudamos nunca a la Humanidad, sino —en todo caso, algunas veces, con un poco de suerte y muchísima dedicación— ayudamos a algunos hombres y mujeres. Lo que de este libro va a molestar más al gremio de filósofos no es otra cosa que este énfasis en la precariedad de la abstracción. Hubo un tiempo en que la confianza en la razón era tal que incluso se la llegó a autorizar para demostrar la existencia de Dios, por medio del célebre argumento ontológico, por ejemplo. Hubo otro tiempo en que a los filósofos, en lugar de interpretar el

mundo, se les invitó a transformarlo, a comprometerse en las tareas de cambio histórico al lado de la clase revolucionaria de turno. Más tarde, la filosofía se convirtió en la terapia efectiva, aguda y definitiva contra los embrollos del lenguaje; la razón se volvía, de este modo, analítica y clarificadora. La razón, la filosofía. Todo ha cambiado. Con poder interpretar parte del mundo, con más o menos verosimilitud, ya se gana algo. Tampoco es posible imponer una terapia, una receta. La debilidad de la razón es tal que ella no basta para fundamentar un edificio del conocimiento inmune a toda crítica. La ética, asimismo, tampoco es el terreno abonado para la fría y formal razón. De hecho, cerrarse en la reflexión solitaria, imitando a destiempo a un Descartes retirado, no soluciona nada. Por ello, fuera de la ilusión de la filosofía, se vuelve necesario el enraizamiento en el mundo, saber mirar, saber ver, no evadirse. De ahí, la atención y de ahí, también, el respeto. ¿Cómo se podría respetar aquello que no se ve? La ética del respeto es, a su vez, una especie de práctica, de entrenamiento, podríamos llegar a decir, que consiste en poner los pies en el suelo y permanecer entre los vivos. Dice Esquirol: «*La atrofia del sentido moral viene dada con la atrofia de nuestra capacidad para estar en el mundo y apreciar su continua novedad*» (82). Así pues, no se trata de identificar los objetos a través de las categorías de siempre, sino de saber apreciar lo que impide, precisamente, esta subordinación de lo nuevo a lo viejo. Es en la experiencia, en el hábito de atender, en lugar de refugiarse en el pensamiento totalizador, donde nacen las posibilidades morales.

Las éticas, entendidas como bloques de conocimiento sobre la moral, responden siempre a un tiempo, a una época. En esta ocasión, Esquirol plantea el tema en su contexto, nuestro contexto, la era de la

ciencia y la tecnología. Y su ética es *para* esta era, justamente. Tal expresión, no obstante, podría dar lugar a malentendidos. Porque, ¿qué ocurre? ¿Nuestro tiempo no es más que ciencia y técnica, esas son sus marcas definitorias más certeras y definitivas? De hecho, no. Eso sólo es una expresión, pero hace falta comprender bien la idea de fondo. Dos citas extraídas del libro lo aclararán sin tapujos: «*Es oportuno hablar hoy de sistema tecnocientífico para referirse al potente entramado entre ciencia y tecnología*» y «*Se da, a su vez, una muy estrecha relación entre sistema tecnocientífico y sistema económico*» (43). La ciencia, la técnica, la investigación, no serían nada —o casi nada— sin un sistema económico que las sustentara. Y éste es el marco profundo al que está dedicada la propuesta filosófica de la ética del respeto. La preposición «para» del título del libro remite, en efecto, a la ciencia y a la técnica, pero, más allá de ellas, remite a un conjunto; es decir, al entramado de relaciones que se establecen entre un potente sistema que incluye instituciones políticas, fuerzas económicas y medios de información y comunicación. Y en el centro de tal embrollo, se encuentra el hombre, casi atrapado, porque reproduce sin querer las dinámicas de este sistema, puesto que, quiera o no, también es parte de él. Por estas razones, la ética del respeto se podría entender en clave resistencial: es a la persona humana, al fin y al cabo, a la que se apela para salvar un ámbito y protegerlo, para atender unas necesidades que no son cuantificables y que no entran en la lógica del puro coste-beneficio. Esquirol combina estas consideraciones de cariz holista con una ontología de fondo. No puede escapársele a nadie: Heidegger y Levinas son sus piezas clave. O dicho con más exactitud: la idea de técnica en Heidegger, por un lado, y la mirada y el rostro en Levinas, por el otro.

Cabría preguntarse, entonces, cómo es posible compaginar una crítica sistémica, que enfatiza el papel del entramado social y económico en las cuestiones de ciencia y tecnología, con otra de naturaleza muy distinta, basada en una ontología fenomenológica. Esto último, no obstante, parece tener mucha más fuerza en el ensayo. No olvidar, no dejarse llevar, permanecer atentos, centrados, casi vigilantes, éstos son los mensajes de Josep M. Esquirol, puesto que en la realidad humana hay algo que merece ser cuidado y respetado. «*El mirar humano tiene la precariedad inherente de la finitud y ésta hace del mirar humano un mirar moral, no tanto en sentido justiciero como en sentido de aprecio de lo valioso.*» (100) Finitud, precisamente, una noción muy cara a las filosofías de la existencia.

Kant, en la *Crítica de la Razón Práctica*, escribía que la insistencia en los actos heroicos vacía a la moral de contenido y, en su lugar, pone vanas quimeras novelescas, fabulosas, que nada tienen que ver con la cotidianidad, que es el terreno *par excellence* de la moralidad. Esquirol lo expresa de otro modo: «*Todos los lugares son privilegiados, en lo cotidiano yace lo profundo*» (75). Porque la moral es un hábito y, a diferencia de ella, lo heroico, por sublime que sea, pertenece a la región de lo excepcional, fuera de lo común, hasta raro. La ética del respeto o la mirada atenta no pide héroes, no persigue acciones fuera de serie, y en este sentido está al alcance de todo el mundo. ¿Significa esto que ya se da por sí misma? Desde luego que no. Esquirol constata una falta de atención que se traduce en una falta de cuidado. Y es que el estar al alcance de todos no implica necesariamente que sea practicado por todos. Ahora bien, más que de la conversión hacia la ética del respeto, está claro que se trata de una progresiva sensibilización. Con todo, lo que Esquirol defiende tampoco es la

vieja propuesta del *moral sense*: más bien se trata de reivindicar algo así como una «inteligencia sintiente», esto es, ni ética de la razón pura ni ética sentimental. En la falsa disyuntiva entre dos opciones mutuamente excluyentes, el autor trata de recuperar una concepción de la razón que supere de una vez el viejo esquema instrumental, trata por tanto de situarse en una concepción «viva» de la razón. Y es bajo este prisma que se puede leer bien su libro.

Seres sensibles, seres «conectados» con la realidad, tales son los rasgos de los individuos morales, según Esquirol. El egoísta, el hombre que no es capaz de salir de sí mismo, es pues el ejemplo más claro de inmoralidad y la raíz de las conductas irrespetuosas. Cuando no existen más que las propias urgencias, cuando todo está teñido de uno mismo, el resultado es la ceguera ante el mundo, y desaparece, de este modo, su complejidad y su riqueza. Luego, todo el entorno se identifica con un mero conjunto de instrumentos para conseguir objetivos, se convierte en sumas y restas de obstáculos y ventajas, y ya no hay nada más. El egoísta no mira al mundo, porque está atrapado en su quimera. Especialista en sí mismo, ha quedado fuera de juego. A la figura de la máxima particularización que ha inventado un mundo falso que toma como verdadero, se opone la apertura y la comunicación que sólo son posibles con una mirada que ha sabido tomar distancias y ha conseguido acercarse a personas o cosas sin asediarlas pero también sin ignorarlas. Y ésta es la mirada que construye mundo, que cuida y se enriquece también a ella misma. Sin duda, las páginas más bellas de este ensayo son aquellas que refieren, precisamente, a la superación del egoísmo y a la valoración del otro, es decir, al allanamiento del camino hacia la humildad. Se puede citar un pasaje al azar: «*En lugar de la voluntad de dominio y de apropiación, la humildad es*

generosidad consistente en “dejar ser” a las formas más variadas de la realidad y del valor. La humildad permite ver de nuevo, con ojos sabiamente ingenuos, el esplendor y la exhuberancia del mundo» (164).

¿Qué es el respeto? ¿Qué lo merece? ¿Por qué ahora?, éstas son las preguntas que el libro de Josep M. Esquirol va respondiendo paso a paso, yendo por partes, de manera ordenada y clara. A menudo recurre al lenguaje, al origen de las palabras, a su sentido etimológico, para mostrar que la misma cultura es portadora de un mensaje de cuidado y de respeto que no debe ser olvidado. Contra el descuido y la prisa, Esquirol opta por enseñar a de-

tenerse y mirar. Sin una mínima capacidad de asombro, de sorprenderse por las cosas, no puede existir ningún sentido moral. Existe una forma de atrofia, de anomia y pasividad, muy propias de una sociedad individualista y apresurada (aunque es bien verdad, y este libro lo demuestra, que no se pueden achacar todas las culpas a entidades abstractas como «la sociedad»), que no permiten el detenerse para el atender tan necesario en la formación de la conducta moral. Nunca es tarde para aprender, y este ensayo destila esperanza en este sentido.

Oriol Farrés Juste
Universitat Autònoma de Barcelona

UNA FILOSOFÍA DE LA CONFIANZA ESTÉTICA Y POLÍTICA

LLUÍS X. ÁLVAREZ: *Estética de la confianza*, Barcelona, Herder Editorial, 2006, 343 pp.

En *Die Aktualität des Schönen. Kunst als Spiel, Symbol und Fest*, H.-G. Gadamer recordaba que en la modernidad la progresiva ruptura con el consolidado repertorio humanista y cristiano con contenidos susceptibles de recreación artística, da lugar a una nueva situación: «El artista ya no pronuncia el lenguaje de la comunidad, sino que se construye su propia comunidad al proferirse en lo más íntimo de sí mismo» (*Gesammelte Werke* 8, pp. 94 y ss.). Este proceso dará lugar a la inevitable conformación de una nueva comunidad potencial que habrá de extenderse a todo el mundo habitado, es decir, a toda *oikumene*. Es interesante notar que Gadamer sostenga que esto sea así, necesariamente, y en virtud

de dos razones, a saber: o bien porque toda obra de arte trasluce una visión del mundo (ora presente, ora futurible), o bien porque, para quien la contempla, y si la tal visión es ajena a uno o incomprendible o incluso incommensurable, se presenta ésta, al cabo, como una confrontación que puede conducir al aprendizaje de la desconocida lengua de aquel y aquello que nos está hablando. Dos procesos estos complejos, enfrentados y de honda raigambre política (no sólo estética) sobre los que podría, en efecto, decirse mucho, y que aquí se resaltan para hacer ver que el arte —o bien porque trasluce una visión del mundo compartida, o bien porque nos confronta, por mediación del lenguaje, con una comprensión del mundo enteramente desconocida— es una experiencia comunitaria. Sobre esto versa la obra gadameriana antedicha, a saber: acerca de las